

Bases conceptuales para una posible sistematización de las teorías de la comunicación

Claudio Meléndez Arteaga

Profesor de Estado en Inglés

Magister en Comunicación Social. U. de Chile

Magister en Lingüística, U. de Chile

Profesor Escuela de Periodismo USACH

melendez15@123mail.cl

Resumen: En este trabajo de investigación teórica se presenta una propuesta de organización de las teorías de la comunicación y una demostración analítica acerca de la posible aplicación de dicha propuesta. Estas teorías son ordenadas en tres grupos: las teorías temáticas, relacionadas con tópicos presentes casi siempre en todo evento comunicativo; las teorías contextuales, centradas principalmente en los diversos entornos en que ocurre la comunicación, sean éstos interpersonales o mediáticos, y las teorías generales, útiles para intentar comprender la naturaleza global de la comunicación. La demostración de la operatividad de esta propuesta adopta la forma de un análisis acerca de la interrelación entre tres instancias de manifestación específica de cada una de estas teorías: el tema del lenguaje en uso, los contextos comunicativos y la naturaleza sistémica de la comunicación.

Palabras clave: teoría de la comunicación; teorías temáticas; teorías contextuales; teorías generales; teoría de sistemas; tópico; coherencia; actos de habla; principio de la cooperación; monitoreo.

Abstract: In this theoretical paper a proposal about the organization of communication theories is presented, followed by an analytical demonstration of its possible application. Accordingly, theories are organized into three groups: thematic theories, related to topics which are almost always present in every communicative event; contextual theories, focused mainly in the diverse settings in which communication, either interpersonal or mediated, takes place, and the general theories that are useful as an attempt to understand the global nature of communication. The demonstration about the functioning of this proposal involves formally an analysis about the interrelationship among three specific instances of manifestation of each of these theories: language in use, as a theme, the communicative contexts and the systemic nature of communication.

Key words: communication theory; thematic theories; contextual theories; general theories; systems theory; topic; coherence; speech acts; cooperative principle; monitoring.

Rcibido: 16/09/06

Aceptado: 13/11/06

Probablemente, el estudio más fructífero acerca de la comunicación resulte a partir de la convergencia de dos tipos de enfoques. Por una parte, se requiere de enfoques teóricos generales que proporcionen una comprensión de este proceso en términos de su carácter sistémico, estructural o ideológico y, por otra parte, de teorías provenientes de diversas ciencias que permitan comprender las interrelaciones de los sujetos y sus circunstancias en contextos comunicativos interpersonales y mediáticos específicos. De esta manera, sería posible aproximarse al establecimiento de un conjunto de conceptualizaciones útiles para comprender la comunicación en parte importante de su complejidad. Sin embargo, este camino no está exento de dificultades, especialmente por el rol, a veces secundario, que se le asigna a los seres humanos como parte de los procesos de comunicación. Para equilibrar la situación, Miller (1973:44) -argumentando a favor de lo que él denomina el “eslabón humano” en los sistemas de comunicación- plantea la siguiente reflexión: “El hecho de que todo sistema de comunicación vaya a parar a un sistema nervioso humano significa que ninguna teoría de la comunicación será completa a menos que sea capaz de tratar los componentes del sistema en un lenguaje teórico tan general y poderoso que los seres humanos queden incluidos junto con los otros componentes”.

En una primera interpretación de esta cita, es posible inferir que las teorías de la comunicación que pretendan alcanzar un alto grado de exhaustividad deberían ser concebidas como lo suficientemente generales para que logren abarcar a los seres humanos y sus entornos. Pero también es posible, en una segunda interpretación, destacar la centralidad del ser humano -polo terminal de todo proceso de comunicación, según Miller- lo que permite alcanzar un cierto nivel de especificidad. La consecuencia evidente, es que la investigación en comunicación requiere de un equilibrio entre ambas tendencias. Otra dificultad se relaciona con el hecho de que, si aceptamos que la comunicación, como lo plantean Sperber y Wilson (1994: 12-13), puede lograrse de modos diversos,¹ nada garantiza que podamos dar cuenta de dichos procesos mediante un solo conjunto de conceptualizaciones. La siguiente analogía, propuesta por estos investigadores en comunicación y cognición, resulta particularmente reveladora:

Está claro que nadie perdería demasiado tiempo en tratar de inventar una teoría general de la locomoción. El acto de caminar habría que explicarlo de acuerdo con un modelo fisiológico, el vuelo de los aviones de acuerdo con un modelo de ingeniería. Aunque es cierto que tanto caminar como el vuelo de los aviones están sujetos a las mismas leyes físicas, estas leyes son demasiado generales como para constituir, a su vez, una teoría de la locomoción. La locomoción, por consiguiente, o bien es demasiado general, o bien no lo es suficientemente como para ser objeto de una teoría integrada. Merece la pena considerar si éste no podría ser también el caso de la comunicación.

Ante esta posibilidad, Sperber y Wilson sostienen que la comunicación puede lograrse por medios tan distintos entre sí como distintos son caminar y volar en avión. De ahí que

¹ Sperber y Wilson argumentan que la comunicación puede lograrse a través de procesos de codificación y de procesos ostensivo- inferenciales.

sería un error elevar algún modelo de comunicación particular a la condición de teoría general de la comunicación, independiente del hecho que dicho modelo resulte adecuado para dar cuenta de un determinado tipo de proceso comunicativo. La consecuencia obvia que resulta, a partir del reconocimiento de esta segunda dificultad, es la necesidad de aceptar la coexistencia de diversas teorías de la comunicación. Pero, esta suerte de 'sana convivencia teórica' no es suficiente si aspiramos a contar con una estructura conceptual útil y rigurosa. Por ello mismo, se hace necesario recurrir a algún tipo de sistematización de teorías que, junto con aceptar esta co- existencia, permita establecer un equilibrio entre los elementos generales y específicos involucrados en los diversos eventos comunicativos y, a su vez, abarcar las relaciones entre los seres humanos y esos otros 'componentes' a los que hace referencia Miller.

1. Sistematización de las teorías de la comunicación de acuerdo a tipos de teorías

Con la finalidad de realizar una sistematización de las teorías de la comunicación (STC, en adelante), a continuación presentamos un ejercicio de elaboración de un marco referencial que permita organizar las teorías de la comunicación. El punto de partida es la propuesta de Littlejohn (1983), quien sugiere una sistematización en la cual se interrelacionan teorías que contribuyen a la comprensión de la comunicación desde dominios o bases conceptuales distintas. El primer tipo incluye teorías útiles para aprehender la naturaleza general o esencia de la comunicación (e.g. la *teoría de sistemas* y la cibernética). El segundo tipo de teorías son las *teorías temáticas* que abordan temas presentes en la mayoría de los eventos comunicativos, sin considerar el entorno (e.g. teorías del lenguaje, el significado, la información y la persuasión). El tercer tipo son las *teorías contextuales*, con las que se pretende explicar aspectos, tanto de la comunicación interpersonal como de la mediática, que aparecen en cuatro entornos particulares formando la jerarquía diádica, grupal, organizacional y masivo. En esta jerarquía, cada nivel superior incluye aspectos importantes de los niveles inferiores. Por ejemplo, la comunicación, en un contexto masivo, involucra necesariamente la comunicación organizacional, la grupal y la diádica. Esta sistematización adopta, en principio, la siguiente representación: Figura 1.

TEORIAS CONTEXTUALES

		Diádica	Grupal	Organizacional	Masiva
Teorías Temáticas	Lenguaje				
	<u>Significado</u>				
	Información				
	Persuasión				

La dimensión horizontal en esta figura incluye temas que, según Littlejohn (*op. cit.*, p.8), cruzan transversalmente los contextos y la dimensión vertical incluye contextos en los cuales pueden operar todos los temas. Las *teorías temáticas* cubren *tópicos* relevantes para las filas, y las *teorías contextuales* *tópicos* relevantes para las columnas. Las *teorías generales*, finalmente, no aparecen en la Fig.1 ya que son de utilidad para acceder a la naturaleza general del proceso y abarcarían transversalmente tanto columnas como filas.

Se podría investigar, a partir de esta sistematización de teorías, por ejemplo, la vinculación entre una teoría de contexto organizacional, una teoría relacionada con el lenguaje y una teoría general. Sería posible establecer, eventualmente, que al interior de una organización se utiliza principalmente un estilo formal tanto al hablar como al escribir y, en consecuencia, hay un uso cuidadoso de la pronunciación y de la ortografía y una elección igualmente cautelosa de palabras y de estructuras oracionales. Esto es, a su vez, una muestra de racionalidad, característica típica de las organizaciones, según una teoría general como la de sistemas.

En una contribución más reciente, Littlejohn y Foss (2004) proponen una organización de las teorías de la comunicación de acuerdo a ocho contextos y a las siete tradiciones de investigación identificadas por Craig (2001). Los contextos, que forman un orden de abarcabilidad ascendente, son: el comunicador, el mensaje, la conversación, la relación, el grupo, la organización, los medios de comunicación y, finalmente, la sociedad y la cultura. Estos contextos se influyen unos a otros como parte de una jerarquía en la cual el último contexto incluye a todos los otros. Las principales características de las siete tradiciones de investigación de Craig, por otra parte, son las que describimos a continuación.

La tradición sociocultural, según Craig (*op. cit.* p. 6), “[...] conceptualiza la comunicación como un proceso simbólico que produce y reproduce significados compartidos, rituales, y estructuras sociales”. En este contexto, comunicarse equivale a participar de las actividades colectivas coordinadas y de las comprensiones compartidas que constituyen una sociedad. Este tipo de tradición enfatiza, en un nivel general, el rol de las estructuras sociales y de los patrones culturales en la tarea de hacer posible la comunicación y, en un nivel específico, asigna mayor importancia al rol de la comunicación como proceso que crea y sostiene estructuras y patrones sociales en los contextos cotidianos de interacción social.

La tradición socio psicológica proviene principalmente de las investigaciones de Kurt Lewin (dinámica de grupos), Carl Hovland (persuasión) y Leon Festinger (disonancia cognitiva) y se focaliza en el hecho de que la comunicación siempre involucra individuos con sus creencias, actitudes, emociones y rasgos de personalidad distintivos. Estos factores psicológicos son influidos y hechos manifiestos por la conducta social en la medida que los individuos se influyen unos a otros, a menudo con poca conciencia de lo que está ocurriendo.

La tradición fenomenológica surge, por otra parte, de la fenomenología trascendentalista de Edmund Husserl e incluye a teóricos del diálogo como Martin Buber, Hans-George Gadamer, Emmanuel Levitas y Carl Rogers. Esta tradición conceptualiza la comunicación como la experiencia del yo y del otro en el diálogo. Así, la base para la comunicación está en nuestra existencia común con otros en un mundo compartido que puede ser constituido de modos diversos en la experiencia. Por ello mismo, el diálogo requiere comprometerse con otros en la negociación de significados más que en compartir los significados pre-existentes en cada individualidad.

La tradición crítica, en cuarto lugar, que se origina en la dialéctica de Sócrates y Platón y en el materialismo dialéctico de Marx, define la comunicación, según Craig (*op.cit.*, p.7), "[...] como un discurso reflexivo y dialéctico esencialmente involucrado con los aspectos culturales e ideológicos del poder, la opresión y la emancipación en la sociedad". La teoría crítica de la Escuela de Francfort desde mediados del S.XX, como parte de esta tradición, argumenta a favor de la necesidad de promover la emancipación y el esclarecimiento (*enlightment*) a través del levantamiento de las anteojeras ideológicas, las que sólo sirven para perpetuar la ignorancia y la opresión. Una particular importancia dentro de esta tradición tiene Jürgen Habermas quien, de acuerdo a Craig (*op. cit.*, p.7), ha reconstruido la teoría crítica en torno a los conceptos de acción comunicativa y de comunicación sistemáticamente distorsionada:

La acción comunicativa, o el discurso que busca la comprensión mutua, para Habermas, involucra inherentemente ciertos planteamientos de validez universal respecto a que los actores sociales deben ser libres para debatir abiertamente de manera que la comunicación auténtica pueda ocurrir. La comunicación es sistemáticamente distorsionada por los desbalances de poder que afectan la participación y la expresión, y la teoría crítica puede servir a los intereses emancipatorios al reflexionar acerca de las fuentes de la comunicación sistemáticamente distorsionada.

La noción de acción comunicativa como un ideal universal de Habermas no es compartida por la tradición crítica más reciente, el postmodernismo, el cual se centra en el estudio de los discursos ideológicos de raza, clase y género que tienden a limitar la diversidad cultural. La comunicación, en tanto dialéctica o discurso crítico, en este caso, puede de modo limitado, no universal, conducirnos hacia la liberación y la expansión de las posibilidades humanas.

En quinto lugar, la tradición cibernética conceptualiza la comunicación en términos de procesamiento de información. Todos los sistemas complejos, desde los computadores y el cerebro humano, hasta las sociedades procesan información y, por ello mismo, se comunican. Esta tradición que se inició con Shannon, Wiener y Bateson se desarrolló hacia la cibernética de segundo orden que, según Craig (*op. cit.*, p.6), "[...] incluye al observador dentro del sistema observado y enfatiza el rol necesario del observador para definir, perturbar y, a menudo de formas impredecibles, cambiar un sistema con el solo acto de observarlo". Dentro de esta corriente de investigación encontramos a Heinz von Forster, Klaus Krippendorf y Paul Watzlavick.

En sexto lugar, la tradición semiótica conceptualiza la comunicación en términos de un proceso que hace uso de sistemas de signos. El buen o mal uso de los signos es el que conduce, respectivamente, a la comprensión o incomprensión en la comunicación. Los signos pueden ser verdaderos mediadores entre distintas subjetividades o, en caso de que se produzca un desajuste entre significados y significantes, una causa de incomunicación. Craig (*op.cit.*, p.5) distingue dos corrientes dentro de la semiótica, la del filósofo Charles S. Peirce y la del lingüista Ferdinand de Saussure: “La tradición peirciana analizaba las funciones mentales y cognitivas de los signos como una base para distinguir entre tipos de signos (icono, índice, símbolo) y dimensiones de semiosis (sintaxis, semántica, pragmática). La tradición saussuriana [...] se focalizó en la estructura sistemática del lenguaje y de otros sistemas de signos”.

Finalmente, la tradición retórica es la más antigua de este grupo y es de esta corriente de pensamiento de donde proviene la idea de la comunicación como persuasión y como el arte práctico del discurso. Sin embargo, esta tradición también abarca, según Craig (*op. cit.*, p.4), a “[...] toda la gama de prácticas comunicativas incluyendo la comunicación interpersonal, la organizacional, la transcultural, aquella que es mediada tecnológicamente y las prácticas específicas de varias profesiones y campos”.

Valiéndose de estas tradiciones, Littlejohn y Foss desarrollan una revisión de diversas teorías de la comunicación pertinentes para el estudio de cada uno de los ocho contextos mencionados más arriba. La contribución de las tradiciones semiótica y fenomenológica al estudio de los mensajes, por ejemplo, ha consistido fundamentalmente en la descripción de éstos en términos de textos o conjuntos organizados de signos que tienen significado para los comunicadores. La tradición socio-psicológica ha focalizado la investigación en la producción estratégica de mensajes, por parte de los individuos, para lograr metas. La función social de los mensajes, por otra parte, ha constituido el foco de interés para la tradición sociocultural, interesada en el hecho que los mensajes contribuyen a unir a las personas en relaciones de diversos tipos.

Sin duda, la organización de teorías de la comunicación, sobre la base de estas tradiciones, es un aporte interesante en la propuesta de Littlejohn y Foss. Sin embargo, la ausencia de una tradición dedicada al lenguaje, en el sentido trascendentalista que describimos en la sección 3.2, nos hace optar por la sistematización de la Fig. 1, la cual sí considera al lenguaje como parte de las *teorías temáticas* (separado de las teorías del significado y de la persuasión). La jerarquía de contextos de esta sistematización, además, nos parece más clara y menos controversial (aunque perfectible) que la jerarquización de Littlejohn y Foss, de acuerdo a la cual el comunicador, el mensaje y la conversación, por ejemplo, son contextos y no elementos de un contexto. Desafortunadamente, por último, esta sistematización también carece de la distinción entre contextos interpersonales y mediáticos. De todas maneras, a pesar de las ventajas de la sistematización de la Fig. 1, se hace necesario perfeccionar la estructura de este marco, específicamente en relación a la clasificación de las *teorías contextuales* y al rol de las *teorías generales*, por las dos razones que explicamos a continuación.

En primer lugar, el concepto de teorías de contexto masivo de la última columna adolece de un problema asociado a sus características de 'mediático' y 'jerárquicamente inclusivo de los otros contextos'. Específicamente, si en términos jerárquicos el contexto masivo incluye elementos de los contextos interpersonales, ¿por qué no podría incluir elementos de otros contextos mediáticos jerárquicamente bajo el nivel del contexto masivo?. Después de todo, los correos electrónicos y el *chat* en internet, o las conversaciones telefónicas y los mensajes de texto podrían tener una influencia similar a la de los contextos interpersonales en un contexto mediático masivo. La historia de éstos y otros medios de comunicación no masivos ya es demasiado antigua como para no tenerla en consideración.

En 1971 ya se había desarrollado el primer programa para enviar correo electrónico a través de una red de distribución, como parte del programa ARPANET (Advanced Research Projects Agency Network) del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Este programa, establecido en 1969, tenía conexiones entre computadores de la Universidad de California en Los Angeles, la Universidad de Utah, la Universidad de California en Santa Barbara y el Stanford Research Institute y fue el proyecto que posteriormente condujo, en la década de los 80, a una amplia difusión del término internet. Inclusive mucho antes de este período ya se usaban ampliamente medios como el teléfono, el teletipo y la radio móvil en las telecomunicaciones de punto a punto, al igual que el radar, los monitores de contaminación atmosférica y los satélites climáticos, en la telecomunicación de sobrevivencia. También ya existían las películas caseras y los circuitos cerrados de televisión. Precisamente por esta razón, Blake y Haroldsen (1975) propusieron el concepto de 'comunicación de medio' con el objetivo de superar la dicotomía tradicional que adoptaba la forma de comunicación interpersonal versus comunicación masiva. Según ellos, esta dicotomía no abarca todos los tipos de comunicación y por ello se hacía necesario este tercer campo de estudio. La comunicación de medio se distingue por la presencia de un instrumento técnico que es usado, con frecuencia, en condiciones de restricción por parte de sujetos identificables.

Este tipo de comunicación, según Blake y Haroldsen, tiene características de la comunicación interpersonal y la masiva. Al igual que en la comunicación interpersonal, el receptor del mensaje es numéricamente pequeño -a menudo sólo uno- y es generalmente conocido por el comunicador. El mensaje con frecuencia es transmitido bajo condiciones de restricción (de ahí que el mensaje no sea público). Por otra parte, al igual que en el caso de las situaciones de comunicación masiva, las personas que forman parte de la audiencia son heterogéneas y pueden estar separadas ampliamente y recibir el mismo mensaje en diferentes ubicaciones en el espacio. El mensaje, además, es transmitido rápidamente y llega simultáneamente a la mayoría de los destinatarios. Finalmente, otra similitud es que en ambos tipos de comunicación se utiliza un instrumento técnico para la transmisión del mensaje.

Creemos que habría que perfeccionar, entonces, la sistematización de la Fig. 1, de modo que represente la posibilidad de que una teoría de contexto diádico, grupal u organizacional pueda ser interpersonal o mediática. Para ello usamos en la Fig.2 abajo los siguientes símbolos: I = interpersonal; M = mediática; { } representa elección entre interpersonal o mediático (I V M), por una parte, e interpersonal y mediático (I _ M), por otra parte. El contexto masivo mantiene su condición de jerárquicamente superior e inclusivo de todos los otros, pudiendo así incluir todas las posibilidades de combinaciones entre contextos diádicos, grupales u organizacionales de carácter interpersonal o mediático. Figura 2.

TEORIAS CON TEXTUALES

		Contexto Diádico {(I V M), (I _ M)}	Contexto grupal {(I V M), (I _ M)}	Contexto organizacional {(I V M), (I _ M)}	Contexto masivo
Teorías Temáticas	Lenguaje				
	<u>Significado</u>				
	Información				
	Persuasión				

En segundo lugar, pensamos que el rol de las *teorías generales* es el de constituir un trasfondo abstracto, desde el cual emergen elementos pertinentes hacia cada celdilla de interrelación específica. No se trata, en otras palabras, que una teoría cruce transversalmente una celdilla; más bien, se trata de la manifestación específica de sus elementos pertinentes. Aquellos elementos que no lo son permanecen negados, pero no eliminados, en el trasfondo. Esta percepción de las *teorías generales* permite imaginar la dimensión de trasfondo desde su raíz difusa, como parte de la estructura general de la teoría, hasta la manifestación de sus elementos pertinentes en la celdilla, punto de interrelación de las *teorías temáticas* y las contextuales. En consecuencia, una sistematización de las teorías de la comunicación podría basarse en el siguiente marco referencial: Figura 3.

TEORIAS CONTEXTUALES

		Contexto Diádico {(I V M), (I _ M)}	Contexto grupal {(I V M), (I _ M)}	Contexto organizacional {(I V M), (I _ M)}	Contexto masivo
Teorías Temáticas	Lenguaje				
	<u>Significado</u>				
	Información				
	Persuasión				

2. Teorías de la comunicación, ideología y cultura

Las teorías de la comunicación, dentro del ámbito general de las ciencias sociales, no pueden ser consideradas como meros artefactos conceptuales herméticos y clausurados a la influencia ideológica y cultural. La razón principal que justifica esta argumentación es que la mayor parte de la investigación en esta área no se caracteriza por generar teorías neutras con respecto a los contextos psicológicos, sociales, culturales e ideológicos; por el contrario, estos contextos son sus objetos de estudio. Como consecuencia, se produce una situación muy particular para el cientista social ya que, de alguna manera, él y sus circunstancias forman también parte del objeto de estudio observado. La utilización de métodos de investigación cualitativos y cuantitativos en el campo de estas ciencias contribuye, sin duda, a lograr cierto grado de 'neutralidad científica' en el diseño de teorías, pero nada puede garantizar que éstas permanezcan alejadas de toda influencia extra-científica. Menos aun en el caso de las teorías de la comunicación, las cuales dan cuenta de un fenómeno que es decisivo para la constitución y transmisión de los procesos socio-culturales e ideológicos.

La influencia de este tipo, al igual que la diferenciación entre ideológico y cultural es apoyada por Tehranian (1994), para quien las teorías, en su condición de configuraciones ideacionales, se basan en la interrelación de elementos ideológicos y cosmológicos. Los primeros según él tienden a ser controlados por el interés y los últimos por la cultura. Una diferenciación similar es propuesta por Eagleton (1997) para quien 'ideológico' no es sinónimo de 'cultural', ya que el primer término denota, con mayor precisión, los puntos en los cuales nuestras prácticas culturales se entrelazan con el poder político. Si consideramos que no todas estas prácticas se relacionan con el poder y el interés político, es posible concluir que existiría, desde este punto de vista, un espacio de manifestación cultural no- ideológico. En

concordancia con estos planteamientos, sería algo temerario, por otra parte, afirmar que todo acto de comunicación es ideológico aunque, curiosamente, es imposible, al mismo tiempo, sostener lo contrario. Lo más probable es que así como existen prácticas comunicativas que poco o nada tienen que ver con el interés y el poder político, también existan actos comunicativos que estén fundamentados en opciones o influencias ideológicas.

Al respecto, el mismo Eagleton (*op.cit.*, p.11), nos advierte que el intento de ampliar exageradamente el ámbito de uso de la ideología, al igual que en el caso de otros conceptos, puede conducir a su pérdida de significado. Por lo demás, no podría ser de otra manera, si queremos ser coherentes con lo que señalábamos al principio de este trabajo en el sentido que la comunicación puede lograrse de modos diversos. Atendiendo a esta heterogeneidad, sería poco coherente concluir que todo acto comunicativo es ideológico y que, por ende, toda teoría acerca de la comunicación también lo es, porque ello significaría que es posible elaborar una teoría general de la comunicación desde la ideología e incurrir en el doble error de elevar tanto a la ideología como a la comunicación a la condición de categorías holísticas. Por cierto que, de hacerlo, nos enfrentaríamos al 'cortocircuito intelectual' al que el holismo conduce inevitablemente: si ambas categorías son totales y no existe un espacio extra comunicativo o extra ideológico ¿cómo evitar el relativismo, en el sentido que cada elemento de esta totalidad está interrelacionado con todos los otros? y, si todo está relacionado con todo ¿para qué comprometerse en la búsqueda de convicciones, si se carece de puntos estables en un universo plagado de interrelaciones que conducen inevitablemente hacia el escepticismo?. Por lo demás, si la comunicación se agotara en lo ideológico o en lo cultural no existiría la diversidad de tradiciones de investigación en torno a este proceso propuesta por Craig y que resumimos en la sección anterior. Esta clasificación identifica a la cultura y a la ideología como parte de dos tradiciones, la socio-cultural y la crítica, y no como macro- categorías que abarquen a todas las otras. Creemos que esta delimitación es importante ya que así es posible interrelacionar sólo los elementos pertinentes de las *teorías generales* con las temáticas y las contextuales incluyendo, si corresponde, los conceptos de cultura e ideología.

Hasta aquí hemos descrito los elementos básicos para una sistematización de las teorías de la comunicación, junto con perfeccionar el parámetro de ordenamiento de las teorías de Littlejohn. También hemos planteado la necesidad de considerar que las teorías de la comunicación pueden, a veces, reflejar influencias ideológicas y culturales. A continuación, desarrollamos una breve explicación sobre algunas teorías del lenguaje, desde la perspectiva de un enfoque inmanente (3.1) y de un enfoque trascendente² (3.2). Luego en 3.3 relacionamos algunos elementos de este último enfoque con los contextos comunicativos interpersonales y mediáticos y con una teoría general.

² Nos basamos en la propuesta de Rabanales (1979).

3. Demostración de la operatividad de la STC al incorporar las teorías del lenguaje

3.1. El estudio del lenguaje basado en un enfoque inmanente

La teoría de la gramática generativa transformacional (TGGT, en adelante) de Noam Chomsky (1957; 1965), y su crítica al descriptivismo norteamericano, es de utilidad para explicar una lingüística inmanentista, de acuerdo a la cual el lenguaje es investigado como un sistema formal e idealizado, independiente de un contexto comunicativo. Para los descriptivistas era fundamental rechazar toda introspección o concepción mentalista y todo recurso al sentimiento del hablante como criterio lingüístico ya que ellos pensaban que todos los enunciados científicos debían referirse sólo a hechos objetivos, lo que en este contexto significa 'sensorialmente perceptibles'. Todas las formulaciones que no podían verificarse inmediatamente, contrastándolas con conductas observables, eran para ellos ficticias y científicamente no merecedoras de confianza.

A los lingüistas norteamericanos representativos de esta tendencia (George T. Wells, Charles Hockett, Kenneth Pike, Sidney Lamb y Zellig Harris, entre otros) se les conoció, también, como lingüistas taxonómicos, dado que su análisis consistía en segmentar y clasificar los enunciados, sin referencia a los niveles más abstractos y profundos de la organización lingüística. Una descripción de este tipo es formal en el sentido que las unidades de análisis son definidas internamente, cada una en relación con la otra, más que externamente en relación a categorías metafísicas, lógicas o psicológicas, que no serían parte del sistema de la lengua propiamente tal. Desde el punto de vista estrictamente lingüístico, la insuficiencia principal del descriptivismo, según Chomsky, es que se limita a estudiar las estructuras superficiales de las lenguas y no considera dos elementos adicionales de igual importancia: la estructura profunda y las reglas de transformación. La diferencia entre la estructura profunda y la estructura de superficie se puede comprender al comprobar que algunas oraciones 'contienen' otras oraciones o, para ser más precisos, proposiciones. Por ejemplo, el sistema de tres proposiciones que yace oculto en la oración 'El hombre esforzado construyó la casa grande' (el hombre es esforzado; el hombre construyó la casa; la casa es grande) no puede derivarse de esta oración por medio del procedimiento propuesto por los descriptivistas, consistente en la segmentación y la clasificación de las unidades de superficie.

Por otra parte, las reglas que expresan la relación entre estructuras profundas y de superficie son las reglas de transformación gramatical, vale decir operaciones que permiten el paso desde el primer tipo de estructuras al segundo tipo. Siguiendo con el ejemplo, el sistema de tres proposiciones ya señalado que forma la estructura profunda, también podría, mediante las reglas de transformación, relacionarse con las siguientes estructuras de superficie: 'el hombre, que es esforzado, construyó la casa grande', 'el hombre esforzado ha construido la casa grande', 'la casa grande fue construida por el hombre esforzado'. Evidentemente, esta lista podría continuar. En cada caso, la regla de transformación gramatical permite distintas estructuras de superficie, todas ellas con la misma estructura profunda. Chomsky plantea que

estas reglas de la gramática deben ser absolutamente explícitas. Esto significa que las reglas generan oraciones automáticamente (i.e. las reglas ‘caracterizan’ oraciones o las definen como gramaticales). Estas dos características –el uso de reglas transformacionales uniendo ambos tipos de estructuras y la naturaleza explícita y generativa de las reglas– son a las que se refiere el nombre de gramática generativa transformacional. Sobre la base de estas distinciones de reglas y estructuras, Chomsky argumenta a favor de la autonomía de la sintaxis, en el sentido que las consideraciones semánticas no desempeñan un rol crucial en lo que respecta a definir si una oración es gramaticalmente correcta; por ejemplo, nadie podría dudar que la oración ‘las descoloridas ideas verdes duermen furiosamente’ es correcta, dado que no transgrede la gramática del español, independientemente de sus anomalías semánticas.

En un ámbito más filosófico y psicológico es posible señalar que la TGGT de Chomsky, es explicativa ya que intenta proporcionar alguna razón acerca de los dispositivos profundos que subyacen en la lengua. La explicación central de Chomsky parece residir en la creatividad del lenguaje: todo individuo que habla una lengua o la comprende es capaz de generar un número infinito de oraciones distintas, en su mayoría completamente nuevas. Chomsky, así, sigue las ideas del filósofo alemán Wilhelm von Humboldt, para quien los hablantes hacen uso infinito de medios finitos (de modo similar a como hacemos uso de las tablas de multiplicar). Como parte del racionalismo chomskiano, estos ‘medios finitos’ equivalen a un conjunto innato de conocimientos de reglas que forman parte de nuestra mente y por ello se hace necesario descubrir y comprender esta realidad mental subyacente a la conducta concreta.

A este conocimiento intuitivo que todo hablante-oyente posee de su propia lengua y de los medios de utilizarla Chomsky lo denomina ‘competencia lingüística’. Por otra parte, llama ‘realización’ (*performance*) al uso real de la lengua en situaciones concretas. La competencia lingüística es conocimiento innato. La realización es conducta lingüística determinada no sólo por la competencia sino también por una gran variedad de factores no-lingüísticos, incluyendo convenciones sociales y la operación de dispositivos fisiológicos. Dentro de esta dualidad, Chomsky asigna más importancia a las propiedades formales de las lenguas, y a la naturaleza de las reglas que su descripción requiere, que a las relaciones existentes entre el lenguaje y los contextos comunicativos. La razón para este cambio de énfasis es que Chomsky está buscando evidencia que apoye su punto de vista de que la facultad del lenguaje es innata y específica de la especie humana, i.e. transmitida genéticamente y exclusiva de la especie, independientemente de los factores medioambientales. Por esta razón, Chomsky no puede evitar idealizar al hablante-oyente y ‘sacarlo’ del contexto comunicativo de uso real del lenguaje, ya que su interés primordial es explicar cómo este individuo es capaz de producir y comprender oraciones gramaticalmente correctas, a pesar de que sus experiencias reales de uso de la lengua están plagadas de situaciones en las que el lenguaje es usado de modo incorrecto, irregular o anómalo.

En parte, sobre la base de criticar esta idealización chomskiana de los hablantes y, en parte, por una evolución natural de la lingüística, gradualmente, ésta dejó de ser inmanente y, al tornarse trascendente, surgieron varias inter-disciplinas. Las principales han sido la

psicolingüística y la sociolingüística. La psicolingüística, que ha tenido, naturalmente, una fuerte influencia chomskiana, se aboca, principalmente, al estudio de las correlaciones entre mente y lenguaje, el procesamiento cognitivo del discurso y a la adquisición y el aprendizaje de la lengua. La sociolingüística, por el contrario, se ha centrado en el estudio de la interacción entre la lengua, la clase social, el sexo y la edad (los sociolectos) y se ha hecho cargo de las 'irregularidades' de los contextos comunicativos que Chomsky había dejado de lado al circunscribirlos al ámbito de la realización. Fue dentro de este campo que el sociolingüista Dell Hymes (1972) introdujo el concepto de 'competencia comunicativa' (habilidad para producir enunciados apropiados a los diversos contextos sociales) como complemento necesario a la noción de competencia lingüística de Chomsky. De este modo, Hymes intentaba ir más allá del hablante-oyente idealizado de Chomsky para poder, así, dar cuenta de la capacidad de hacer uso de la lengua en contextos comunicativos apropiados (saber cómo, cuándo, dónde y con quién usar los enunciados).

Ha surgido, como parte de esta apertura, una tendencia a alejarse del estudio de la oración, en tanto unidad sintáctica idealizada, y aproximarse a la investigación de unidades lingüísticas supra-oracionales en uso. Es así como actualmente se estudia el texto y el discurso en la lingüística textual y el análisis del discurso, respectivamente. Además surgió la lingüística pragmática que vincula los enunciados con actos y contextos comunicativos específicos, y también la lingüística sistémico- funcional. Entre los hallazgos más importantes de estas investigaciones están la distinción entre 'cohesión' y 'coherencia', el *principio de la cooperación*, los micro y macro-actos de habla, el concepto de *tópico* y el de *monitoreo*. En la siguiente sección presentamos una breve síntesis acerca de cómo el surgimiento de estos conceptos se relaciona también con la transición de la investigación lingüística desde un enfoque inmanentista hacia uno trascendentalista que se hace cargo de los contextos comunicativos de uso del lenguaje. Tengamos presente que esta transición es de importancia decisiva para el establecimiento de correlaciones entre estas *teorías temáticas* del lenguaje, los contextos interpersonales y mediáticos y las *teorías generales*, tarea a la que nos dedicaremos en la última sección.

3.2. El estudio del lenguaje basado en un enfoque trascendente

3.2.1. La coherencia del discurso

La problemática consistente en distinguir un discurso coherente de uno incoherente no puede ser abordada desde una perspectiva estrictamente lingüística, dado que es imposible comprender el significado de un mensaje lingüístico solamente sobre la base de las palabras y la estructura de las oraciones usadas para transmitir ese mensaje. Es evidente que los vínculos formales contribuyen, en alguna medida, al surgimiento de la *coherencia* pero no es menos cierto que, aun en los casos en que estemos en presencia de cadenas de elementos lingüísticos contiguos carentes de vínculos forma-

les, los seres humanos ‘llenamos’ con prontitud los vacíos dado que, aparentemente, el hecho de su contigüidad nos conduce a interpretarlos como conectados.

Probablemente, el interés por el tema de la *coherencia* del uso comunicativo del lenguaje no se habría suscitado en el interior de la lingüística si no hubiese surgido primero un interés por el estudio de la estructuración macro-oracional del texto. Este tipo de investigación constituyó, sin duda, un intento de búsqueda de criterios de unificación que, a pesar de ser formalistas, ya preparaban el terreno para las posteriores indagaciones en torno al origen semántico y pragmático de la conectividad del discurso. De particular importancia en esta etapa, como lo plantea Zenteno (1982-1983:13), es el trabajo de Halliday y Hasan (1976): “[Para ellos] el texto es una unidad de lenguaje en uso, que no debe ser visualizada necesariamente como una entidad gramático-formal del mismo modo que una cláusula u oración, sino más bien como una unidad semántica, que deriva su integridad o ‘cohesión’ del hecho de que funciona como un todo lingüístico organizado con respecto al contexto social que lo genera”. La cohesión es, consecuentemente, un fenómeno semántico, en cuanto se origina a partir de las relaciones de significado que se establecen dentro del texto y que lo definen como tal. Tales relaciones adoptan una forma lingüística explícita como expresiones referenciales endofóricas y exofóricas, substituciones y elipsis, entre otras. En este sentido, Halliday y Hasan, siguiendo a Firth (1935), consideraron al texto como parte de un contexto de situación cuya génesis es social, de forma tal que su preocupación, en principio formalista, no se agota sólo en la descripción sintáctica sino que se inserta dentro de lo que Halliday (1978) denomina el estudio del lenguaje en tanto semiótica social.

Una propuesta distinta y que se inserta precisamente dentro de lo que Kintsch y van Dijk (1983) denominan *coherencia* pragmática, surgió en el ámbito de la lingüística aplicada. Widdowson (1978) desarrolla un modelo según el cual la *coherencia* depende de elementos distintos a los sintáctico-semánticos, los que contribuirían sólo a la configuración de la cohesión. Widdowson, cree que la habilidad para comunicarse, desarrollada por los seres humanos, está necesariamente asociada con el lenguaje, hasta el punto que es difícil comprender el proceso de la comunicación como una abstracción aislada del lenguaje, del mismo modo que no es posible intentar investigar profundamente lo que es el lenguaje aislándolo de los contextos comunicativos normales de uso. La consideración del lenguaje como un elemento esencial del proceso comunicativo involucra, a su vez, el estudio de la naturaleza del discurso y de las habilidades que están implicadas en comprenderlo y crearlo.

De acuerdo a Widdowson (1978:2), «cuando nosotros adquirimos una lengua no sólo aprendemos a elaborar y comprender oraciones correctas como unidades lingüísticas aisladas de ocurrencia azarosa; también aprendemos a usar las oraciones apropiadamente para lograr un propósito comunicativo.» Es evidentemente cierto que cuando un hablante produce oraciones, en forma escrita u oral, él manifiesta su conocimiento del sistema de una lengua produciendo instancias de uso correcto. Sin embar-

go, es igualmente verdadero que él, además, utiliza ese conocimiento como conducta comunicativa significativa. En otras palabras, el hablante produce instancias de lenguaje en uso y, en este sentido, las oraciones pueden adoptar la condición de *actos de habla* tales como advertir, explicar, amenazar, etc. Es necesario establecer una distinción, entonces, entre 'utilización' (*usage*) del lenguaje y 'uso del lenguaje'. El primer término tiene que ver con la utilización de palabras y oraciones en tanto manifestaciones del sistema de la lengua, y el segundo con la forma en que el sistema es comprendido para propósitos comunicativos normales. El uso comunicativo del lenguaje requiere ir más allá de los límites oracionales en búsqueda de extensiones mayores de lenguaje porque la conducta lingüística normal no consiste en la producción de oraciones separadas sino en el uso de oraciones para la creación de discurso.

Más específicamente, en la producción de una oración el hablante expresa una proposición de algún tipo y, junto con la expresión de dicha proposición, realiza un acto ilocucionario de algún tipo. Si un conjunto de proposiciones están vinculadas mediante una variedad de operaciones formales (sintácticas y semánticas), entonces, es posible afirmar que son cohesivas. Pero si éste no es el caso, el conjunto de oraciones podría ser considerado como inconexo, en el sentido que ellas expresan proposiciones independientes. Obviamente, las oraciones usadas comunicativamente no expresan en sí mismas proposiciones independientes ya que ellas toman un valor en relación a otras proposiciones expresadas a través de otras oraciones. Es posible comprender el concepto de cohesión comparando dos ejemplos.

(1)

A: ¿Qué le pasó a las cosechas?

B: Las cosechas fueron destruidas por la lluvia.

A: ¿Cuándo fueron las cosechas destruidas por la lluvia?

B: Las cosechas fueron destruidas por la lluvia la semana pasada.

(2)

A: ¿Qué le pasó a las cosechas?

B: Fueron destruidas por la lluvia

A: ¿Cuándo?

B: La semana pasada.

Se puede apreciar que el ejemplo (1) no es una instancia normal de uso porque cada oración representa una expresión proposicional independiente. En (2), en cambio, al eliminar las redundancias innecesarias, es posible apreciar el surgimiento de la cohesión en la medida que las proposiciones se interrelacionan. Sin embargo, siguiendo con la argumentación de Widdowson, la descripción del lenguaje en uso no sólo involucra dar cuenta de la forma en que las proposiciones se combinan; también es necesario dar cuenta de los *actos de habla* que estas proposiciones realizan. Considérese el siguiente ejemplo:

(3)

A: ¿Qué le pasó a las cosechas?

B: Acabo de llegar.

A: OK!

En (3) no hay señales formales que nos permitan recuperar el vínculo proposicional entre los enunciados. A pesar de esto, no es difícil reconocer que ésta es una interacción comunicativa completamente normal. Esto es posible, según Widdowson (*op. cit.*, p. 28), porque nosotros focalizamos nuestra atención en los *actos de habla* para las cuales las proposiciones están siendo usadas. Se puede, entonces, interpretar la pregunta de A como una solicitud de información, la respuesta de B con el valor comunicativo de una excusa por no cumplir con dicha solicitud y la segunda intervención de A como una aceptación de la excusa de B. De este modo, Widdowson llega a la conclusión que la cohesión, tiene que ver con la forma en que las proposiciones están vinculadas, mediante una variedad de operaciones estructurales, para formar textos y la *coherencia*, por otra parte, con los *actos de habla* que se realizan en contextos comunicativos diversos.

Esta propuesta se relaciona, sin duda, con el trabajo realizado principalmente por sociolingüistas interesados en describir cómo un enunciado puede ser concebido como una acción social (e.g. un saludo, una promesa, una advertencia, etc.). Labov (1970), por ejemplo, planteaba que existen reglas de interpretación que relacionan lo que es dicho con lo que es hecho y sería sobre la base de tales reglas sociales y no lingüísticas que interpretamos algunas secuencias conversacionales como coherentes y otras como incoherentes. En otras palabras, Labov señala que el reconocimiento de la *coherencia* o de la incoherencia en las secuencias conversacionales no está basado en una relación entre enunciados, sino entre las acciones realizadas con esos enunciados.

Como parte de una línea de investigación similar, los trabajos de Gernsbacher y Givón (1995) apuntan a que la *coherencia* no surge en el texto sino en las mentes que colaboran en la comunicación. Indudablemente, estas investigaciones permiten avanzar desde el espacio de la comprensión del discurso coherente hacia el área de la producción/comprensión de dicho discurso como es posible apreciar en la siguiente cita:

La coherencia es una propiedad de lo que emerge durante la producción y comprensión del discurso, del texto representado mentalmente, y en particular de los procesos mentales que tienen parte en la construcción de esa representación mental. Un texto producido coherentemente -hablado o escrito- permite al receptor (oyente o lector) formarse aproximadamente la misma representación textual que el emisor (escritor o hablante) tuvo en mente. El texto es coherente en la medida que la representación mental del emisor haya sido coherente y en la medida que la representación mental del receptor se ajuste a la del emisor.

Específicamente, en la producción y comprensión de un texto, sea hablado o escrito, los interlocutores colaboran para alcanzar la *coherencia*, negociando la estructura temática y la referencialidad intentando establecer una representación mental similar.

Durante la conversación, la negociación se realiza colaborativamente entre dos o más participantes activos. Durante la escritura, la revisión y la edición, la negociación ocurre cognitivamente entre la representación mental propia del escritor y su representación mental de lo que él supone que el lector sabe. La conversación -la comunicación de cara a cara espontánea- es, de este modo, el proceso evolutivo que dio forma a los mecanismos cognitivos de la comprensión y la producción de textos. El texto no-conversacional se sustenta principalmente en estos mecanismos interactivos fundamentales.

3.2.2. *El principio de la cooperación*

Resulta particularmente interesante constatar que la comunicación es posible en la medida que exista alguna forma de reconocer las intenciones del emisor o los emisores. Sugerir que esta característica es la más importante para posibilitar el proceso comunicativo fue quizás uno de los aportes más originales de Grice (1957). Valdés (1991:479) sintetiza la argumentación central de Grice en los siguientes términos: "Al proferir una emisión un hablante intenta comunicar algo y, a la vez, intenta que su intención comunicativa se reconozca por su oyente: intenta, por ejemplo, inducir en él una creencia o lograr que lleve a cabo determinada acción *mediante el reconocimiento de su intención* (de la del hablante)". En otras palabras, 'un individuo A da a entender algo mediante x' equivale a decir: 'A tiene la intención de que la enunciación de x produzca algún efecto en el o los oyentes a través del reconocimiento de esta intención'. Es necesario tener en consideración, que para que A realmente quiera decir algo mediante x se necesita no sólo que A haya proferido x con la intención de inducir una cierta creencia en el (los) destinatario (s) sino que, además, es necesario que A tenga la intención de que él (ellos) reconozca(n) esta intención.

Antes de este análisis, solía hacerse caso omiso de la centralidad que tiene el hecho de atribuir intenciones a los demás en el proceso comunicativo. A los destinatarios en general les interesa el significado de los actos comunicativos del emisor principalmente porque ellos constituyen una evidencia de superficie de intenciones subyacentes. De este modo, el proceso de la comunicación es viable siempre y cuando se logre el reconocimiento de dichas intenciones. Pero, ¿cómo es que este reconocimiento opera en las conversaciones?, ¿es posible concebir principios generales que gobiernen la atribución de intenciones?. Para contestar estas preguntas, es necesario analizar un segundo trabajo de Grice.

En un trabajo titulado *Lógica y Conversación*, Grice propuso una teoría según la cual la comunicación se rige por un '*principio de cooperación*' y por '*máximas conversacionales*'. Este trabajo tuvo como motivación principal demostrar el error cometido por '*formalistas*' (logicistas) e '*informalistas*' (teóricos del lenguaje ordinario) quienes planteaban que existen diferencias entre los significados de algunos formalismos lógicos y algunas expresiones del lenguaje ordinario. Grice (1975:513) plan-

tea su motivación en los siguientes términos: “Deseo, en realidad, defender que el supuesto, común a las dos partes en disputa, de que las diferencias de significado existen es (hablando en términos generales) un error compartido, y que este error deriva de haber prestado poca atención a la naturaleza y a la importancia de las condiciones que gobiernan la conversación”. Grice pretende, como se puede apreciar, aproximar lógica y lenguaje natural al estudiar las condiciones generales que se aplican a las conversaciones.

En general, en las conversaciones, los participantes tienen un objetivo común: darse a entender y entender a los otros pero, al mismo tiempo, las personas no quieren perder sus esfuerzos y dejar que sus interlocutores se aburran. En consecuencia, omiten todo lo que creen que es conocimiento común, implicando información que no es dicha pero es dada a entender a través de implicaturas conversacionales, vale decir, conclusiones que se intenta que el auditorio alcance al reflexionar sobre las razones que el hablante tiene para decir lo que dice, suponiendo que el hablante está intentando cooperar. Considérese, por ejemplo, que al escuchar el enunciado ‘Zinedine Zidane, el malo pa’ l cabezazo’ -dicho por el futbolista Marco Materazzi, en el contexto de la final del Mundial de Fútbol 2006- el oyente puede captar el punto ofensivo de este comentario de modo indirecto mediante una implicatura de este tipo.

Las implicaturas conversacionales se derivan de un *principio de la cooperación* que consiste en contribuir a la conversación tal y como lo exige, en el estadio en que tenga lugar, el propósito o la dirección del intercambio comunicativo que se sostenga. Además, las implicaturas se derivan de cuatro categorías de máximas que los hablantes generalmente siguen: cantidad, cualidad, relación y modo. La primera tiene que ver con la cantidad de información a proporcionar, en el sentido que la contribución sea tan informativa como sea necesario, teniendo en cuenta los objetivos de la conversación y que dicha contribución no resulte más informativa de lo necesario. La segunda se relaciona con tratar de que la contribución sea verdadera y con no decir aquello para lo cual se carezca de pruebas adecuadas. La categoría de la relación apunta a ser relevante o pertinente y hacer contribuciones relacionadas con el *tópico* de la conversación. Finalmente, la categoría del modo tiene que ver con explicarse con claridad- evitando ser oscuro, ambiguo o innecesariamente prolijo al expresarse- procediendo, además, con orden.

La derivación de las implicaturas conversacionales, a partir del principio cooperativo y estas máximas, es posible porque, en circunstancias normales, los participantes en una conversación usarán naturalmente el lenguaje de modo cooperativo. Según Grice, es un hecho empírico bien reconocido que las personas se comportan así ya que lo han aprendido desde la niñez e involucraría un gran esfuerzo alejarse de él. No sería racional, entonces, comprender las conversaciones como sucesiones de enunciados inconexos porque ellos son, por el contrario, esfuerzos cooperativos en los cuales cada participante reconoce, en algún grado, un propósito o conjunto de propósitos, o por lo menos una dirección aceptada mutuamente. Por ejemplo, en la siguiente conversación los dos enunciados aparentemente no están conectados y no habría cooperación.

A: ¿Salgamos a comer?
B: Me duele la cabeza.

Sin embargo, si se considera que A hace una invitación y que una respuesta a una invitación es usualmente aceptarla o rechazarla, la respuesta de B puede ser interpretada como una excusa o un rechazo a la invitación de A. Los enunciados están conectados y son cooperativos porque ambos comparten el conocimiento de que las invitaciones son, en circunstancias normales, seguidas por aceptaciones o rechazos. B estaría infringiendo la máxima 'Sea relevante' si él estuviera simplemente declarando un hecho acerca de su salud por medio del significado literal de su enunciado, sin contribuir pertinentemente a la conversación. La implicatura conversacional, derivada del supuesto que el hablante adhiere al *principio de cooperación*, no es sólo que él tiene un dolor de cabeza sino también de que no quiere salir a comer. En este nivel, en consecuencia, surgen las implicaturas conversacionales; el enunciado de B no es interpretado como no-cooperativo por A, quien supone que el enunciado de B es, de hecho, cooperativo. A, en otras palabras, se pregunta acerca de qué conexión posible podría haber entre el dolor de B y su invitación y, así, llega a la implicatura conversacional (que B exitosamente transmite) que, si B tiene un dolor de cabeza, él no quiere salir a comer.

Este es un tipo de implicatura conversacional que surge a partir de seguir las máximas pero podría objetarse que, a veces, deliberadamente, no cooperamos, especialmente cuando somos evasivos, bromeamos, mentimos, etc. o simplemente porque no sabemos cuánto deberíamos decir, cuánto no decir y cómo los significados han de ser implicados más allá de lo que es en realidad dicho. La idea de Grice es que, inclusive en estos casos, nosotros nos basamos en el principio cooperativo, también, aunque lo hacemos transgrediendo deliberadamente las máximas. Por ejemplo, supongamos que dos adultos, A y B, tienen una conversación en presencia de una tercera persona, un niño. Entonces B podría ser deliberadamente oscuro, aunque no demasiado oscuro, con el propósito de que A comprenda el mensaje y no el niño:

A: Comprémosle algo al niño.
B: OK, pero veto el h-e-l-a-d-o.

En este caso, B está deliberadamente infringiendo la máxima 'Evite ser oscuro al expresarse' al deletrear la palabra helado (y, probablemente, con el uso del verbo 'vetar') y así implicar que A no debería mencionar esta palabra directamente en presencia del niño.

3.2.3. Micro y macro y actos de habla y la noción de tópico

Cuando participamos en una conversación constantemente interpretamos el discurso del interlocutor en términos de 'por qué dice lo que dice' y 'de qué trata lo que dice'. Ambos elementos se interrelacionan hasta el punto en que saber por qué una

persona dice lo que dice es con frecuencia la base para el intento de determinar de qué trata lo que dice. Esto significa, desde un punto de vista más técnico, que interpretamos la secuencia de *actos de habla* realizados por el (los) interlocutor (es) junto con el *tópico* de la conversación. Esta interpretación simultánea y paralela se lleva a cabo sobre la base de secuencias de enunciados conectados más que sobre la base de oraciones aisladas y, como consecuencia de esta macro- interpretación de *tópicos y actos de habla*, es posible suponer que el análisis de extensiones discursivas de este tipo requiere del uso de un mismo modelo teórico. El enfoque macro- estructural de van Dijk (1977a) para el estudio del *tópico* del discurso y de los *actos de habla* es útil en este sentido. Considerando el *tópico*, por una parte, él piensa que es necesario explicar esta noción “[...] en términos de macro-estructuras que definen lo que se podría denominar el significado de todo un [...] discurso y así al mismo tiempo determinar la conexión y otras restricciones a la *coherencia* que operan en oraciones y secuencias”. (*op. cit.*, p.10). En relación a los *actos de habla*, por otra parte, él piensa que, al igual que en el caso de las oraciones y las proposiciones, se requiere que las secuencias de *actos de habla* se conecten en un discurso coherente. De esta manera, es posible que estas secuencias puedan constituir, en un nivel superior, macro-estructural, otro *acto de habla* que no está implicado en cada *acto de habla* aislado. No sería razonable, entonces el estudio de *actos de habla* discretos y aislados ya que una secuencia de estos actos puede estar interrelacionada en función de un solo macro-*acto de habla*, como lo demuestra van Dijk (*op. cit.*, p.238) en el siguiente ejemplo de una conversación telefónica entre dos vecinos y amigos:³

1A: ¿Alo?

2B: Hola, soy Jack.

3A: Hola ¿qué tal?

4B: Bien. Cuéntame ¿tienes todavía esa bicicleta vieja que Jenny ya no usa?

5A: Si ¿por qué?

6B: Bueno, te cuento, es el cumpleaños de mi Laura la próxima semana y ella necesita una bici. Pensé que si Jenny ya no la usa, quizás te la podría comprar, pintar y regalársela a Laura para su cumpleaños.

7A: No hay problema. Por supuesto que tengo que preguntarle a ella pero estoy seguro que estará feliz de ayudarte. ¿Para cuándo la quieres?

8B: Te pasaste. ¿La puedo ir a buscar mañana?, y tu le consultas a Jenny.

9A: Bien. Nos vemos mañana.

10B: Chao y gracias.

11A: Chao.

De acuerdo a van Dijk, esta conversación consiste en varios *actos de habla* tales como saludar, agradecer, despedirse, aseverar, los cuales son sólo ‘decoraciones’ sociales o una suerte de ‘envoltura’ social y su rol es complementar un macro- *acto de habla* principal o macro- estructura que se realiza mediante la secuencia total de enunciados.

³ La traducción de este ejemplo de conversación, del inglés al español, es nuestra.

Esto significa que la totalidad de *actos de habla* puede funcionar socialmente como un solo acto: la solicitud de B (6B) de comprar la bicicleta de Jenny. Este es un macro-*acto de habla* o *acto de habla* global; los otros son *actos de habla* complementarios que preparan, auxilian, inician, concluyen o enfatizan la función de este acto principal.

Esta explicación acerca de los macro y micro *actos de habla* es útil como base para la comprensión de la noción de *tópico* ya que éste ocurre, al igual que dichos actos, como parte de la macro- estructura del discurso y, por ello mismo, sobre la base de enunciados interrelacionados. Aunque es posible detectar algunas características estrictamente lingüísticas asociadas con la noción de *tópico* (títulos; palabras ubicadas al comienzo de un enunciado; selección de sujetos en oraciones activas o pasivas; acentuación de algunas palabras para indicar contraste, entre otros), es extremadamente complejo identificarlo exclusivamente con alguna unidad lingüística aislada. En consecuencia, Brown y Yule (1983) critican la posibilidad de que un enfoque formal de este tipo pudiera ser útil para el estudio del *tópico*. Ellos argumentan, que existen diferentes maneras de expresar el *tópico*, dado que 'acerca de lo que trata una conversación' variará en el curso de ésta y en diferentes momentos los participantes podrían tener opiniones distintas al respecto.

Específicamente, Brown y Yule sostienen, que sería simplista postular que exista, para cualquier fragmento de discurso conversacional, una sola proposición (expresada como una frase u oración) que represente el *tópico* de todo el fragmento y proponen, el concepto de parámetro del *tópico*, el cual abarca aquellos aspectos del contexto que se reflejan directamente en el discurso y que deben ser considerados en su interpretación. Estos elementos suelen adoptar la forma de referencias explícitas a personas, objetos, eventos, lugares y tiempo. Además de este tipo de aspectos, Brown y Yule incluyen los supuestos que un sujeto A puede tener acerca del conocimiento de un sujeto B, en relación a los elementos que A hace explícitos en su contribución discursiva; por ejemplo, si A tiene 80 años y B sólo 15, A explicitará información acerca de cómo era la ciudad en que viven cuando A tenía 15 años, suponiendo que B carece del conocimiento acerca de esa época. Un indicador acerca de que este elemento es parte de la configuración del *tópico* es que B no cuestione la pertinencia de la contribución de A preguntándose por qué A dice lo que dice. Por otra parte, Brown y Yule incluyen aspectos internos del discurso como parte del parámetro del *tópico*. Estos elementos son derivables del fragmento discursivo previo a aquel en el cual se centra la atención e incluyen las personas, lugares, entidades, eventos, hechos, etc., ya activados (i.e. directamente reflejados y necesarios de considerar) por los sujetos y que han sido mencionados en la parte precedente de la conversación.

3.2.4. *Monitoreo*

El último concepto que nos interesa incluir y que también surge dentro de la lingüística, como parte de un enfoque trascendentalista y del estudio del lenguaje en uso es el de

monitoreo. Usualmente, este concepto se asocia con escucharse a sí mismo y, a veces, auto-corregirse en el curso de una conversación para comparar lo que se dijo con lo que se pretendía decir y hacer las modificaciones correspondientes, en caso de que sea necesario. El *monitoreo* del discurso es un proceso más o menos consciente, dependiendo del tipo de contexto, en el cual las interacciones comunicativas tengan lugar, y del grado real de control acerca de las posibles opciones que pueden afectar la secuencia de actos de la interacción. Una conversación entre militares de distinta jerarquía, por ejemplo, involucra menos opciones de control sobre la interacción para el subalterno, el cual debe monitorear cuidadosamente sus intervenciones al comunicarse con el superior. En el otro extremo, encontramos el discurso espontáneo, con un *monitoreo* mínimo, el cual suele ocurrir en contextos informales.

En general, cuando conversamos monitoreamos nuestro discurso para así darnos a entender y ser claros. La respuesta a la pregunta acerca de por qué queremos darnos a entender y ser claros permite relacionar este concepto con los tres anteriores: lo hacemos porque requiere menos esfuerzo contribuir a la *coherencia* del *tópico*, y a la secuencia de micro y macro *actos de habla*, con una contribución pertinente -lo que supone respetar el *principio de la cooperación*- que no hacerlo. Forma parte de la naturaleza humana el proceder de este modo; lo contrario también es posible, pero con el consiguiente costo del esfuerzo mayor involucrado. Como se puede apreciar, nuestra interpretación del concepto de *monitoreo* va más allá de entenderlo sólo como auto corrección para poder así asignarle un rol en tanto estrategia de selección de unidades de lenguaje en uso.

Hasta aquí hemos desarrollado una síntesis acerca de cómo la investigación lingüística -inmanentista y centrada en la oración, en principio- se fue orientando gradualmente hacia el estudio del lenguaje en uso, tornándose trascendente. Esta síntesis, que ha abarcado los conceptos de cohesión/ *coherencia*, el *principio de la cooperación*, los macro y micro- *actos de habla*, el *tópico* y el *monitoreo*, resultará útil, a continuación, para un análisis en el que demostramos la operatividad de la STC a través de la interrelación entre lenguaje en uso, contextos interpersonales y mediáticos, y una teoría general, la *teoría de sistemas*, de acuerdo a la representación de la Fig. 3.

3.3. Lenguaje en uso, contextos y teoría de sistemas

3.3.1 El uso comunicativo del lenguaje en los contextos interpersonales y mediáticos

Cualquier análisis acerca de los contextos de la comunicación involucra, sin duda, una cuota de artificialidad teórica respecto a sus límites, dado que en la praxis comunicativa propiamente tal convergen y se interrelacionan una multiplicidad de elementos de modo inseparable y simultáneo. Nuestro objetivo, en consecuencia, más que pretender dar cuenta de procesos discretos, es el de identificar ciertas tendencias u orientaciones de las interacciones comunicativas, que involucran el lenguaje en uso, en el interior de una secuencia de contextos cuyos límites son difusos.

En general, el uso comunicativo del lenguaje, tanto en los contextos interpersonales como mediáticos, requiere no sólo de la habilidad para aplicar las reglas gramaticales de una lengua y formar oraciones correctas sino que también saber cuándo, dónde y con quién (es) usar estas oraciones. Se necesita, además, conocer las reglas de las conversaciones (e.g. saber cómo se inician y terminan, acerca de qué *tópicos* se puede conversar en diferentes situaciones, cómo dirigirse a el o los interlocutores), cómo usar y responder a diferentes *actos de habla* y saber cómo usar el lenguaje formal o informalmente. Se requiere también reconocer el entorno social, la clase de relación que se tiene con el (los) otro(s) sujeto(s) y los tipos de estilo que se pueden usar en diferentes ocasiones. También se debe ser capaz de interpretar enunciados orales o escritos, dentro del contexto total en el cual ellos son usados, en relación a factores sociales y culturales como el nivel y tipo de educación, la edad y el sexo. Esta serie de factores no es exhaustiva sino representativa de algunos de los factores más importantes que están relacionados con el uso comunicativo del lenguaje. A continuación, más que analizar dichos factores en detalle, nos abocamos a la tarea de subsumirlos en los contextos de la Fig. 3 e interrelacionarlos con los conceptos más generales de *tópico*, *coherencia*, micro y macro- *actos de habla* y *monitoreo*.

En primer lugar, en el contexto diádico interpersonal, el uso comunicativo del lenguaje se caracteriza por la presencia de todos o de algunos, de estos factores, como parte de un proceso en el cual ambos participantes, A y B, la mayoría de las veces, monitorean dicho uso en función de contribuir cooperativamente a la tarea de configurar un *tópico* coherente, sobre la base de la interpretación de los enunciados y de los micro y macro *actos de habla* que se realizan junto con estos enunciados. Específicamente, el proceso de elaborar un *tópico* involucra los tipos de referencias y supuestos ya mencionados en 3.2.3. Surge así, a partir de este proceso, un *tópico* cuya *coherencia* radica en la pertinencia de los micro y macro- *actos de habla*, vale decir, en la realización conjunta de *actos de habla* que complementan y apoyan la ejecución de uno o más *actos de habla* principales. Todo este proceso supone que A y B están comprometidos en una interacción comunicativa en la cual ambos siguen el principio cooperativo aceptando (o transgrediendo) las máximas correspondientes a las categorías de cantidad, cualidad, relación y modo. A y B, en otras palabras, se reconocen mutuamente, la intención de realizar contribuciones cooperativas. Suponer lo contrario, vale decir, que ninguna de las partes tiene la intención de cooperar significaría la imposibilidad de configurar un *tópico* coherente ya que éste es posible a partir de la interpretación de los enunciados y las intenciones sobre la base de que tanto A como B intentan contribuir a la interacción de modo pertinente y colaborativo.

En segundo lugar, a pesar que en el interior de un contexto grupal interpersonal ocurren muchas interacciones diádicas, la situación comunicativa en este caso se diferencia principalmente por la mayor cantidad de participantes⁴. Como consecuencia, en este

⁴ Shaw (1981) señala que un grupo puede tener 20 o más integrantes aunque, en la mayoría de los casos, el interés investigativo se centra en grupos de 5 o menos personas.

tipo de contexto, factores como tomar turnos para participar, compartir conocimiento acerca del *tópico* tratado, la superposición de intervenciones y la dirección de la atención hacia uno o más sujetos, entre otros, podrían influir en el aumento del esfuerzo requerido para comprender y ser comprendido y, por ende, para configurar un *tópico*. Pero esta dificultad se compensa por el hecho que el grupo, además de constituir una instancia esencial de socialización, es también una fuente principal de orden social que cumple una función de mediación entre el individuo y la sociedad. Como resultado, la configuración de *tópicos* coherentes se circunscribe a una suerte de ‘entorno intermedio’ que evita que los participantes queden expuestos a la totalidad de elementos posibles de incorporar al *tópico* los cuales, en definitiva, forman parte de la sociedad en tanto discurso colectivo. El *principio de la cooperación* es particularmente esencial en el *monitoreo* del uso comunicativo del lenguaje en este contexto ya que es altamente probable que su transgresión reiterada sea sancionada con indiferencia, malestar, muestras de aburrimiento o, inclusive, con la expulsión. En este sentido, es posible que los macro- *actos de habla* de las interacciones comunicativas grupales tengan que ver con socializar y mantener el sentido de pertenencia.

En tercer lugar, en el caso del contexto organizacional interpersonal, el uso comunicativo del lenguaje es monitoreado, principalmente, en función de las decisiones, normas y reglamentos de la organización. Como consecuencia, la configuración de *tópicos* coherentes está orientada por micro- *actos de habla* que apoyan la realización de macro- *actos de habla* relacionados con respetar reglamentos y jerarquías, mantener y aumentar la productividad e incrementar eficacia y eficiencia, entre otros. Además, dado que la organización se caracteriza por su racionalidad y por el establecimiento constate de metas, el uso del lenguaje sigue cursos de acción mucho más predecibles que en los contextos anteriores en los cuales queda más espacio para la disgregación y el discurso errático (e.g. las conversaciones entre dúos/ grupos de niños o adolescentes). El *principio de la cooperación*, como consecuencia, se superpone con las normas, metas y decisiones de la organización.

En general, el uso comunicativo del lenguaje en los contextos mediáticos, diádico y grupal, por otra parte, tiene como característica fundamental el aumento de la necesidad de monitorear el uso comunicativo del lenguaje y la configuración de *tópicos* coherentes en función de, por una parte, suplir algunos elementos paralingüísticos, kinésicos y proxémicos a los que se tiene acceso directo en la mayoría de las situaciones de comunicación interpersonal (en aquellos casos en que el medio de comunicación no muestra una imagen de la [s] persona[s]) y también en función del tiempo y/o el espacio tecnológico disponible. Como resultado, el *principio de la cooperación* nuevamente se superpone, esta vez con las restricciones tecnológicas y de costo. Ambos tipos de *monitoreo* suelen co-ocurrir; por ejemplo, en el caso de un contexto diádico como la mayoría de las conversaciones telefónicas, el *monitoreo* del discurso oral incluye la verbalización de gestos y posturas que son reemplazados por palabras, interjecciones y tonos de voz. El uso de fórmulas de inicio y término de las conversaciones telefónicas también suele ser verbal y

marca un tiempo de uso que, con frecuencia, tiene un costo económico. En el caso del *chat* en internet, una instancia 'grupal' y mediática, se puede hacer uso de pequeñas figuras llamadas 'emoticones' las cuales contribuyen a enfatizar, modificar o agregar nuevos significados y, así, enriquecer el tema de 'conversación' de un grupo. Pero, al mismo tiempo, se recurre al acortamiento de sílabas y palabras y al uso de abreviaturas para poder aumentar la contribución al *tópico*, dentro de un espacio y tiempo tecnológico por el que se debe pagar.

El contexto mediático organizacional, que incluye a estos contextos diádico y grupal, presenta una característica distintiva en cuanto al *monitoreo* del uso del lenguaje: la configuración de *tópicos* coherentes, sobre la base de adherir al principio cooperativo, depende fundamentalmente de la utilización reglamentada de los medios de comunicación, en el interior de la organización, en función de micro y macro *actos de habla* relacionados con los intereses, metas y decisiones de la organización. Esta restricción, agregada al costo económico que significa el uso de los medios para la organización, conlleva limitaciones de tiempo y espacio. En consecuencia, el contenido de un correo electrónico del gerente de una empresa a su personal, por ejemplo, incluirá, como parte de la tarea de configurar un *tópico* coherente, los *actos de habla* complementarios justos y necesarios para la realización de un macro- *acto de habla* (o, a veces, más de uno) basado en, y guiado por, dichos intereses, metas y decisiones de la organización.

Finalmente, el lenguaje en uso al interior del contexto mediático masivo tiene características de todos los contextos interpersonales y mediáticos previos. Sin embargo, la peculiaridad de este último contexto de la jerarquía presentada en la Fig. 3, en relación al lenguaje en uso, puede asociarse básicamente con un tipo de *monitoreo* de la configuración de un *tópico* coherente que implica la realización cooperativa de micro y macro- *actos de habla* que se relacionan con informar, entretener, proteger el interés público e influir en la opinión pública o inclusive, dependiendo de la contingencia política, ideologizar o concienciar. Estos macro y micro *actos de habla* influirán en el *monitoreo* de los discursos específicos propios de los medios de comunicación masiva como la televisión, la radio, las revistas y los diarios. Surgirán así editoriales, crónicas, entrevistas, comentarios deportivos, políticos y culturales, etc. A este *monitoreo* de cada instancia discursiva, sobre la base de los macro *actos de habla* ya mencionados, hay que agregar un segundo tipo de *monitoreo* más específico de cada instancia y que se relaciona con la abundancia de *actos de habla* como solicitar información e indagar en una entrevista, por ejemplo, u opinar en una editorial.

Hasta aquí hemos realizado una demostración acerca de cómo es posible el análisis de las *teorías temáticas*, específicamente de uso del lenguaje, en relación a cada uno de los contextos de la Fig.3. A continuación, presentamos una sección que integra a nuestro análisis el tercer tipo de teorías de esta figura, las *teorías generales*. Recordemos que las *teorías generales* son teorías útiles para comprender la naturaleza de la comunicación como un todo. También tengamos presente que hemos cuestionado en la sección 1 el carácter de manifestación transversal de estas teorías en las correlaciones entre *teorías temáticas* y contextuales. Más bien, hemos optado por una manifestación de estas teorías que se origina

en su trasfondo de generalidad y se manifiesta, con grados de pertinencia y especificidad variables, en cada una de estas correlaciones. Analizaremos, específicamente, la pertinencia de algunos elementos de la *teoría de sistemas*, una teoría general, en las correlaciones entre lenguaje y contextos interpersonales y mediáticos para indagar acerca de la naturaleza sistémica de la comunicación. Consideraremos, además las implicancias culturales e ideológicas de esta teoría.

3.3.1 Lenguaje en uso, contextos comunicativos y la naturaleza sistémica de la comunicación

La *teoría de sistemas* resulta útil para el estudio de la comunicación en un sentido global y especulativo. Esta teoría se desarrolló gradualmente a partir de la segunda década del S. XX, sobre la base de avances investigativos en la biología, la etnología y la antropología. Sociólogos como A. Comte y E. Durkheim y el filósofo social H. Spencer se interesaron en la noción de organicidad de la biología y la aplicaron al estudio de la sociedad. Por otra parte, los hallazgos de B. Malinowski y A. Radcliffe- Brown, en sus investigaciones antropológicas demostraron, desde una aproximación funcionalista, la importancia de estudiar las prácticas culturales en sus contextos correspondientes.

Estos aportes fueron de gran importancia en la creación de criterios comunes para el estudio del ser humano, la sociedad y la cultura en una época en la que prevalecía la especialización disciplinaria y, por ende, un alto grado de fraccionamiento o atomismo de la investigación. Se constituyó así una situación propicia para el inicio del trabajo interdisciplinario, como parte del cual surgió la posibilidad de estudiar los diversos ámbitos de la realidad sociocultural sin perder la riqueza de la visión de conjunto. Este paso desde el atomismo hacia la integración se relaciona al principio con la noción de sistema cerrado, i.e. de un conjunto de elementos y sus relaciones y las relaciones entre éstos y sus atributos. Se trata, según Hall y Fagen (1968), de un orden de relaciones, de las partes entre sí y con el todo, sin consideración del entorno, sino sólo de las interrelaciones internas de dicho orden. Una segunda etapa de desarrollo de la *teoría de sistemas* surge con el concepto de sistema abierto propuesto por el biólogo L. von Bertalanffy (1950), como parte de su teoría general de sistemas, noción que fue enriquecida con el desarrollo de la cibernética, después de la Segunda Guerra Mundial. Como consecuencia, la relación todo-partes del sistema cerrado fue substituida por la de sistema –ambiente, lo que involucró que el equilibrio, la complejidad y la sobrevivencia de este tipo de sistemas estaban en estrecha relación con las condiciones que presentaba el entorno.

El concepto de sistema cerrado auto referencial, que constituye la tercera etapa de desarrollo de las *teoría de sistemas*, fue desarrollado por el sociólogo N. Luhmann (1973; 1976; 1977b; 1983a). En este estadio, la diferenciación entre sistema y ambiente desaparece, dado que Luhmann propone que el ambiente forma parte del sistema y no de un plano externo. El sistema, en otras palabras, reproduce el ambiente como parte de su dinámica de

interrelaciones internas y, de este modo, se refiere constantemente a sí mismo. Indudablemente, un sistema con estas características es complejo y por ello Luhmann sugiere que dicha complejidad o relación entre todos los elementos con todos los demás debe ser reducida. Con tal finalidad, él propone que el sentido, una estrategia que es propia de los seres humanos y no de las máquinas, permite establecer sólo conexiones pertinentes entre los elementos del sistema. Esta estrategia de selectividad tiene la peculiaridad de no eliminar las opciones descartadas en la selección sino sólo negarlas y no utilizarlas para que así permitan hacer notoria la pertinencia de las opciones realizadas.

Los sistemas sociales, en el marco de esta propuesta, se encuentran compuestos por acciones comunicativas producidas por una red de referencias cruzadas entre estas mismas acciones, las cuales empiezan a desvanecerse en el momento que surgen y, para evitar esta fugacidad, la acción debe establecer vínculos con otras acciones. El sistema deja de existir en el momento que se produce una acción que no genera vínculos con otras acciones posteriores. Es precisamente el sentido el que permite, en tanto estrategia de selección de dichas acciones, unir las acciones pertinentes y, con ello, mantener la vigencia y las fronteras del sistema. El sentido también permite resolver el problema de la doble contingencia consistente en asegurar la complementariedad de expectativas, lo que constituye una condición necesaria para el surgimiento de un sistema social. En efecto, los sistemas sociales se componen de acciones y la acción, aunque sea producto de la casualidad, tiene un sentido específico en la medida que al menos dos sujetos la comprenden como una selección. Ambos deben relacionar sus selecciones, y así se constituye un sentido en el que quedan definidos los límites del sistema y su diferencia de complejidad con respecto a un ambiente que forma parte del mismo sistema en calidad de opción negada. La contingencia de la relación, entonces, mantiene latentes estas otras alternativas negadas pero que podrían ser actualizadas. En conclusión, dado que los sujetos no pueden realizar efectivamente todas las posibilidades de selección, la transmisión de selecciones reducidas a través de la comunicación, en la forma de una tematización, resulta inevitable.

En un plano más macro-social, Luhmann plantea que las sociedades actuales tienden a diferenciarse en términos de sub- sistemas funcionales asociados a códigos binarios específicos (por ejemplo, en el sub-sistema económico, el código binario es pagar/no pagar o tener/no tener, en el jurídico es legal/ilegal, en el de salud sano/enfermo, etc.). Algunos de estos sub- sistemas tienden a producirse sobre la base de la interrelación de sus propios componentes, la cual desaparece cuando el sub- sistema deja de producir los elementos que la producen (por ejemplo, en el caso de una empresa que se transforma en una institución de caridad). Esta tendencia lleva a Luhmann a interesarse por el concepto de autopoiesis desarrollado por Maturana y Varela (1973). Un sistema autopoietico se puede definir como un sistema cuyos elementos, al interrelacionarse, se auto producen. Para estos biólogos, el funcionamiento del sistema nervioso se sustenta en una red circular cerrada de correlaciones internas y la organización del ser vivo equivale a un operar circular cerrado de relaciones de componentes que los genera.

El intento de Luhmann de aplicar la autopoiesis a los sistemas sociales, abriría la posibilidad de entender mejor el surgimiento y las relaciones de procesos sistémicos tales

como la auto organización o la auto reflexión. Estos procesos, que podrían considerarse tautológicos, permiten dar cuenta de relaciones tales como amar el amor, creer en la creencia, la vida genera vida, la comunicación genera comunicación, etc. Además, la aplicación del concepto de autopoiesis a los sistemas sociales permite comprender mejor porqué un gran número de sistemas permanecen inmutables a lo largo del tiempo, a pesar de las grandes variaciones que ocurren en sus entornos como en el caso, por ejemplo, de sociedades que mantienen sus tradiciones y costumbres. Igualmente, se puede estudiar la difusión o rechazo de innovaciones entre sociedades y culturas más, o menos, desarrolladas sobre la base del rol central que puede adoptar el proceso autopoietico en cuanto a la clausura operacional de la dinámica de auto- producción del sistema. Luhmann se inspira, probablemente, en el siguiente postulado de Maturana y Varela (*op. cit.*, p.111):

[...]el sistema nervioso está constituido de tal manera que cualquiera que sean sus cambios éstos generan otros cambios dentro de él mismo, y su operar consiste en mantener ciertas relaciones entre sus componentes invariantes frente a las continuas perturbaciones que generan en él tanto la dinámica interna como las interacciones del organismo que integra. En otras palabras, el sistema nervioso opera como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes.

Aunque no deja de ser discutible la aplicación de este postulado biologicista al análisis de la sociedad, lo que sí queda claro es que, al menos en tanto metáfora explicativa, una noción de clausura de este tipo tiene varias características en común con la de sistema cerrado auto referencial y de ahí que resultara de interés para Luhmann.

Volviendo al planteamiento presentado al principio de esta sección, en cuanto a la situación de atomicismo que preveía a principios del S. XX, y que influyó en el surgimiento de la *teoría de sistemas*, es posible afirmar que dicha situación también repercutió en los estudios acerca del lenguaje, los cuales en el S. XIX se habían centrado fundamentalmente en la investigación filológica y diacrónica acerca del parentesco entre elementos lingüísticos aislados de cualquier marco o estructura integradora. No cabe duda que el inicio del estudio del lenguaje como sistema surge de la mente de Ferdinand de Saussure, en reacción a la excesiva fragmentación de esta tendencia historicista. Sin embargo, la lingüística estructural de Saussure es sincrónica e inmanente y, por ello mismo, ajena a los contextos de enunciación que involucran a los usuarios. En este sentido, el tipo de sistema lingüístico que Saussure propone es cerrado y se agota en una dinámica autónoma de interrelaciones internas e idealizadas.

El estructuralismo de Saussure ha determinado hasta hoy el desarrollo de la investigación lingüística. Pero, como señalamos al final de la sección 3.1, esta suerte de saturación idealista la cual, por cierto, influyó a Chomsky, fue cediendo terreno gradualmente a una tendencia trascendentalista de apertura a los contextos psicológicos, sociales y culturales en los cuales el lenguaje es usado⁵. Desde la perspectiva de la *teoría de sistemas*, podríamos

⁵ Cabe hacer notar que esta tendencia no es sólo post- chomskiana, ya que hay precedentes que se remontan hasta 1930.

caracterizar a esta etapa como un sistema abierto a un entorno que posibilita la 'vida' del lenguaje humanizándolo y alejándolo de la concepción casi algebraica e inmanetista de Saussure. Basándose en esta condición de sistema abierto, es posible afirmar que el uso comunicativo del lenguaje siempre ocurre como parte de un contexto o conjunto de elementos que incluye al o los interlocutores, el lugar y el tiempo. Los enunciados, además, no son elementos aislados sino que forman parte de un discurso o texto mayor. Es posible, entonces, interpretar estas interrelaciones jerárquicas como instancias sistémicas de interrelaciones de elementos que pueden ocurrir tanto en la comunicación interpersonal como en la mediática, con la importante salvedad que en este último tipo de comunicación, los dispositivos tecnológicos son otra parte importante de esa red de interrelaciones.

También es posible encontrar puntos de interrelación entre algunos conceptos asociados al pensamiento de Luhmann, su noción de sistema cerrado auto referencial y el uso comunicativo del lenguaje en los contextos interpersonales y mediáticos, según el análisis de las secciones 3.2 y 3.3.1.

En primer lugar, toda manifestación de lenguaje en uso es una instancia reductora de la complejidad dado que, de todas las innumerables posibilidades de combinaciones de enunciados, los interlocutores optan sólo por algunas, permaneciendo las otras como opciones negadas y latentes pero nunca como opciones eliminadas. Los contextos que, evidentemente, forman parte del uso comunicativo del lenguaje desempeñan un rol fundamental en esta reducción de la complejidad, aunque dicho rol no opera del mismo modo en la comunicación mediática, ya que en este último caso las restricciones de costo económico que imponen los dispositivos tecnológicos influyen de modo directo en las extensiones espacio- temporales de los discursos. En segundo lugar, el concepto de *monitoreo* se encuentra relacionado con el de sentido en tanto estrategia de selección que permite optar entre enunciados y *actos de habla* para configurar un *tópico* coherente. Es factible establecer una vinculación entre sentido y *monitoreo* por la capacidad de este último concepto para evitar la inconexión de enunciados y *actos de habla* y con ello la incoherencia o la fugacidad temporal inevitable de enunciados y *actos de habla* que no se interrelacionan y, por ello mismo, no logran establecer los límites entre *tópicos* coherentes y contextos de diversa índole.

En tercer lugar, la solución al problema de la doble contingencia en términos de asegurar la complementariedad de expectativas, a través de la relación de selecciones reducidas mediante la comunicación, puede asociarse con el *principio de la cooperación* ya que adherir a este principio involucra procesos de selección de enunciados e implicaturas conversacionales sobre la base de seguir las máximas correspondientes a las categorías de cantidad, calidad, relación y modo. Si en un contexto diádico, por ejemplo, A y B no saben qué esperar el uno del otro en cuanto al uso comunicativo del lenguaje, las opciones se reducen desde el momento que se adhiere al principio y a sus máximas. Aquí se forma una instancia reductora de la contingencia y surge una situación que no es de incertidumbre ya que tanto A como B saben, aproximadamente, a qué atenerse y, por ello mismo, hay complementariedad de expectativas. Esta instancia adopta la forma de un *tópico* coherente o, en términos luhmannianos, de una

tematización. En el contexto mediático masivo estas tematizaciones o configuraciones de *tópicos* permiten el establecimiento de vínculos cooperativos entre las audiencias en torno a un conjunto, o conjuntos, de enunciados y micro y macro- *actos de habla* que configuran una selección coherente y reductora de la complejidad. Los medios de comunicación masiva influyen en el *monitoreo* del uso comunicativo del lenguaje para lograr estas reducciones, a través de criterios de restricción temática. Como consecuencia, los *tópicos* serán coherentes y pertinentes en la medida que éstos se relacionen, por ejemplo, con la novedad, la violencia, lo extraordinario, el conflicto, el poder o la competencia, entre otras posibilidades.

La concepción luhmanniana de las sociedades actuales en términos de sub- sistemas que tienden a diferenciarse funcionalmente, el concepto de auto referencialidad y el de autopoiesis son, finalmente, útiles para analizar las implicancias culturales e ideológicas de la *teoría de sistemas* en el estudio de las interrelaciones entre lenguaje en uso y contextos.

Para Lyotard (1984), la característica más importante de la cultura actual es su condición postmoderna, vale decir, la pérdida de legitimidad de los grandes relatos de la modernidad y el surgimiento de múltiples juegos de lenguaje (en el sentido de Wittgenstein, 1945) en los que destaca un uso pragmático del lenguaje. Si aceptamos este planteamiento, es posible aceptar, también, que la teoría de Luhmann, específicamente en lo que se relaciona con los sub- sistemas sociales diferenciados funcionalmente, está influida por este tipo de cultura. De acuerdo a nuestra propia interpretación, cada sub- sistema operaría, o sería monitoreado como un conjunto de contextos de interpersonales o mediáticos, en los cuales prevalecen *actos de habla* y *tópicos* específicos cuya realización y legitimación es función del mismo sub- sistema. Si se aplica a estos sub- sistemas auto referenciales, además, el concepto de autopoiesis, el resultado es que estas unidades de lenguaje en uso, al interrelacionarse, se auto producen.

El escenario social e ideológico que surge a partir de este tipo de diferenciación es más cercano al de una atomización, basada en el desempeño de una función específica y eficiente por parte de cada sub- sistema, que a una búsqueda de integración cooperativa. Esta atomización, que involucra la división de los procesos comunicativos en múltiples espacios de auto legitimación, es también una atomización del poder, el cual queda circunscrito a los sentidos y límites específicos de cada sub- sistema auto referencial. La eficiencia intra- sistémica, al separarse de la cooperatividad inter- sistémica conduce inevitablemente a la pérdida de la comunicación, en tanto discurso colectivo que favorece a la emancipación de la sociedad. En su reemplazo, proliferan múltiples micro- discursos de retorsión, tautológicos y autofágicos, los cuales, al no permitir la posibilidad de concebir un entorno extra sistémico, difícilmente serían compatibles con una idea de intersubjetividad, como parte de la cual se acepta a los otros como legítimos otros. La consecuencia evidente es un individualismo precario y vulnerable ante la hegemonía del sistema. Toda la riqueza de la comunicación, en tanto macro- relato, queda reducida así a un egoísta, pero feble, 'sólo yo cuento'⁶.

⁶ La expresión 'sólo yo cuento' es usada por Giannini (2006), como parte de una reflexión acerca de la ética, la importancia del mundo y del otro.

Bibliografía

- Blake, R., Haroldsen, E. (1975) *A Taxonomy of Concepts in Communication*, New York, Hasting House.
- Brown, G., Yule G. (1983) *Discourse Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press,
- Chomsky, N. (1957) *Syntactic Structures*, The Hague, Mouton.
- Chomsky, N. (1965) *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge, M. I. T.
- Craig, R. (2001) "Communication". *Encyclopedia of Rhetoric*. Ed. T.O. Sloane, New York, Oxford University Press.
- Eagleton, T. (1977) *Ideología: una Introducción*, Barcelona, Paidós.
- Firth, J. R. (1935) "The technique of semantics", *Transactions of the Philological Society*. 36-72
- Firth, J. R. (1957a) *Papers in Linguistics, 1934, 1951*. Londres, Oxford University Press.
- Gernsbacher, M. A., Givón, T. (1995), *Coherence in Spontaneous Text*. Amsterdam, John Benjamins Publishing Co.
- Grice, P. (1957) "Meaning", *Philosophical Review*, 66:377-388.
- Grice, P. (1975) "Lógica y conversación", *La Búsqueda del Significado 1991*. Ed. L. M Valdés, Madrid, Tecnos. 511- 530.
- Giannini. H. "No sólo yo cuento", *Artes y Letras, El Mercurio*, Santiago 29 de junio, 2006, pp. E14- E15.
- Hall, A. D., Fagen R. E. (1968) "Definition of system", *Modern Systems Research for the Behavioral Scientist*. Ed. W. Buckley. Chicago, Aldine, 81-92.
- Halliday, M. A. K. (1978) *Language as Social Semiotic*, Londres, Edward Arnold.
- Halliday, M. A. K. y R. Hasan. (1976) *Cohesión in English*, Londres, Longman.
- Hymes, D. (1972) "On communicative competence", *Sociolinguistics*. Eds. J. B. Pride y J. Holmes. Harmondsworth, Penguin.
- Kintsch, W., Van Dijk, T. (1983) *Strategies of Discourse Comprehension*, Londres, Academic Press.
- Labov, W. (1970) "The study of language in the social context", *Studium Generale* 23: 30- 87.
- Littlejohn, S. W. (1983) *Theories of Human Communication*. Belmont, Wadsworth
- Littlejohn, S. W. y K. A. Foss 2004 (1983). *Theories of Human Communication*. Belmont: Wadsworth.
- Luhmann, N. (1973) *La Ilustración Sociológica y Otros Ensayos*, Buenos Aires, Sur.
- Luhmann, N. (1976) "Generalized media and the problem of contingency". *Explorations in General Theory in Social Science: Essays in Honor of Talcott Parsons*. Eds. Lauber, et. al. New York, Free Press. 507- 532.
- Luhmann, N. (1977b) "Differentiation of society", *Canadian Journal of Sociology* 2: 29- 53.
- Luhmann, N. (1983a) *Fin y Racionalidad en los Sistemas*. Madrid, Nacional.

- Lyotard, J. F. (1984) *La Condición Postmoderna*. Madrid, Cátedra.
- Maturana, H. y F. Varela. (1973) *El Árbol del Conocimiento*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Miller, G. A. (1973) *Psicología de la Comunicación*. Buenos Aires: Paidós.
- Rabanales, A. (1979) "Las interdisciplinas lingüísticas". *Boletín de Filología, Universidad de Chile* XXX: 241- 252.
- Shaw, M. E. (1981) *The Psychology of Small Group Behavior*. New York: Mcgraw- Hill.
- Sperber, D. y D. Wilson. 1994 (1986). *La Relevancia*. Madrid: Visor.
- Tehranián, M. (1994) "Communication and development". *Communication Theory Today*. Eds. D. Crowley y D. Mitchell. California: Stanford University Press. 274-306.
- van Dijk, T. (1977a) *Text and Context*. Londres: Longman.
- Von Bertalanffy, L. (1950) "The theory of open systems in physics and biology". *Science* III: 23- 29.
- Widdowson, H. G. (1978) *Teaching Language as Communication*. Oxford: Oxford University Press.
- Wittgenstein, L. (1978) - (1945) *Philosophical Investigations*. Oxford: Basil Blackwell.
- Zenteno, C. (1982- 1983) "El análisis del discurso y la lingüística textual: su influencia en EALE". *Lenguas Modernas* 9-10: 7-21.